

## APÉNDICE.

---

ARTÍCULO PUBLICADO EN EL PERIÓDICO MENSAGERO DE LAS CORTES, NÚMERO  
CORRESPONDIENTE AL 28 DE SETIEMBRE DE 1834.

---

*Consideraciones sobre la Diplomacia, y su influencia en el estado político y social de  
Europa, desde la revolución de julio hasta el tratado de la cuádruple alianza,  
por D. J. D. Cortés.*

La obra cuyo título antecede, tiene gran mérito, y descubre en su autor dotes en nuestra patria y en nuestros días nada comunes. Hay en ella no pocas ideas sanas, algunas profundas, varias nuevas, casi todas ingeniosas, y muchas que pecan por querer serlo demasiadamente. Está escrita con vigor á veces, frecuentemente con elegancia, siempre empero con resabio de afectación, en estilo mas de lo debido brillante, y con condicion de todo punto estrangera, ó por mejor decir, francesa pura, y francesa de la época actual y de una escuela particular de escritores. En suma, encierra grandes perfecciones obscurecidas por no menores defectos; pero cotejados estos con aquellas y sacadas en limpio las resultas del cotejo, fuerza es convenir en que el escritor sabe pensar, prenda tan rara como apreciable, y en que sabrá escribir, si renunciando al oropel de que reviste sus frases, les deja su lustre natural, ser cuya calidad es buena y cuya cantidad es la suficiente.

Verdad es que su obra no es del todo original, y aun quizá un censor escrupuloso llevaría la cosa mas adelante, y la trataría de plagio declarado: no podemos decir tanto nosotros, á lo menos por ahora. Cierta es que al leerla nos decimos: esto lo hemos visto en otra parte, todo ello trae un olor extranjero: pero cierto es asimismo que no nos acordamos de una obra particular de que esté sacado, quizá porque es extracto, no de una produccion sola; sino de varias, ó tal vez por lo escaso de nuestra lectura ó lo flaco de nuestra memoria. Mas sea como fuese, el tejido de la composicion es uno, aun cuando encierre muchos retazos de varios, y el modo de unir los retazos y el trabajo original que sin duda media entre ellos, son de mano diestra, de mano de hombre que conoce bien la calidad de lo zurcido, y que sabe por su parte cómo entretejerlo é imitarlo en la obra propia.

Hay cierta cosa que llaman los ingleses evidencia *interna*, la cual supe á menudo la falta de pruebas positivas para aclarar un hecho. En el escrito de que tratamos, esta evidencia acusa al autor de haber bebido sus doctrinas, y hasta la manera de expresarlas puras y sin mezcla, en las fuentes de nuestros vecinos. No hablamos ya solo de la dición, como hemos dicho francesa toda, del señor Donoso; no del estilo, imitación ajustada, sino traduccion de ciertos escritores franceses; hablamos, si, de los pensamientos en que vemos las preocupaciones arrogantes de los hombres de aquella nacion, hijas en ellos de una vanidad por algunos creida y apellidada patriotismo, incomprensibles en un español, á quien razon ninguna podia aconsejar el empaparse en ellas, y despues propagarlas. Sirvan de ejemplo las páginas 60, 61 y 62; cuanto allí dice el autor respecto á Francia y su historia, y su influjo benéfico sobre las demas naciones, solo un francés puede pensarlo, y ni siquiera á un francés toca decirlo. Todo ello está tomado de las doctrinas de la escuela de Mr. Buchez y sus consortes. Todo ello está desmentido por los hechos. La invasion de Carlos VIII en Italia en el siglo xv es un ejemplo de lo contrario; pues entregando aquel hermoso pais á los extranjeros, retrasó en vez de acelerar la civilizacion europea, cabalmente en la region donde estaba mas adelantada, impidiéndole que se amalgamase con el espíritu patriótico y produjese instituciones nacionales, libres é ilustradas. Otros casos iguales pudieran traerse á cuento para despojar á Francia del título de civilizadora universal, que sus hijos, malos jueces por serlo en causa propia, le dan á boca llena, sin atender siquiera á cuanto para disputársele podria alegar una parte contraria.

Con igual parcialidad se ailige el señor Donoso con los franceses, porque no sea la Bélgica agregada á su imperio. En este punto no la conveniencia de Francia, sino el interes de los belgas merecen la consideracion de extranjeros imparciales. Si quieren los belgas ser franceses, séanlo en hora buena, y el aumento de poder que de ello resultará á Francia, no debe á nuestro entender causar celos á lo demas de Europa, por cuanto la imposibilidad de una guerra de invasion que terminase en dilatar de nuevo el imperio francés, es hija de otra cosa que de la extension de territorio y abundancia de recursos en aquella nacion tal cual es ahora, para acometer y proseguir y acabar con ventaja semejante guerra.

Otra cláusula hay en la produccion del señor Donoso, cuya indole es igualmente francesa é igualmente vituperable. Tal es la de la página 24 respecto á la batalla de Waterloo. Sin duda lamentamos nosotros como el mejor francés el resultado de aquella jornada, no por la lengua que pudo tener el honor nacional de este ú es-

trotro pueblo, sino porque allí quedó vencida la justa causa, y despojada una nacion del derecho comun á todas de disponer de su destino ella propia, y sacudir el yugo que le habian impuesto y querian volverle á imponer extranjeros invasores. Pero solo un despique del orgullo nacional, justo desahogo en hijos de un pais tan malamente tratado, puede disculpar la calificacion de pequeña, dada á Inglaterra vencedora en todos los mares, y dilatando su poder hasta los últimos confines del orbe, ó la de agente imperceptible al capitán triunfante, cuyas banderas resistieron victoriosamente en los márgenes del Tajo, y fueron tremolando con gloria desde allí hasta las del Garona, perceptibles por cierto á cualquiera vista, á no ser de topo, ó á no estar anublada por las lágrimas que un noble despecho y amor á la patria agolpa en los ojos de la nacion vencida.

Apuntamos estas faltas del señor Donoso por cuanto rebajan el mérito de su produccion, despojándola del caracter original y nacional que tanto reluce en ella, y tan bien le asienta en otros parages. Cuanto dice acerca de la invasion francesa de 1823, es lo que debe decir un buen español y un hombre en quien están hermanados afectos nobles con un agudo ingenio y perspicaz juicio. En la nota relativa á la Constitucion de 1812, si bien no concurrimos en todas sus ideas, admiramos lo ingenioso de algunas de ellas, lo sólido de muchas, y lo bien espresado de todas. Inútil es disputar con él sobre los puntos en que disintimos, cuando convenimos ambos en dejar á aquel Código ya muerto, como un *monumento glorioso en nuestros anales, donde debe ser respetado y admirado como un símbolo y recuerdo de libertad, de independencia y de gloria.*

Seria ocioso entrar en citas para justificar las alabanzas y tachas que no hemos escaseado á la obra del señor Donoso. Los ejemplos en donde es acreedora á unas y á otras, son tan frecuentes y están tan unidos, que la eleccion entre ellos seria muy improbo trabajo. Baste decir que en todo el escrito no hay casi un periodo que no encierre un galicismo, ó no sea un galicismo confirmado. Eslo el corte general de la frase, eslo la repeticion de los pronombres, eslo el uso de los adjetivos. De los vicios de estilo podrian darse pruebas no menos palpables. Sónlo las metáforas demasiado repetidas y galanas, algunas de ellas incorrectas como la de la página 50 (nota), donde se habla de la escala social (no de la cadena), *y se dice que es el trono su primer eslabon.* Y si de la desagradable ocupacion de buscar y notar defectos queremos pasar á la mas cómoda y satisfactoria de admirar y recomendar primores en casi todas las páginas de la obra á que aludimos, tendríamos que escoger retazos donde, sin faltar defectos, sobrarian pruebas para calificar á su autor de buen escritor á toda ley; es decir, uno que piensa bien y sabe espresar sus pensamientos con claridad, vigor y lozania, dando así á su composicion un grado muy alto de hermosura.

#### CARTA DEL SEÑOR DONOSO EN CONTESTACION AL ARTÍCULO ANTERIOR.

MADRID 1.º de octubre de 1834.

Señores redactores del OBSERVADOR: Muy señores míos: remito á Vds., para que tengan la bondad de insertarla en su apreciable periódico, la adjunta copia de

la carta que con fecha de ayer dirigí á los redactores del *Mensajero de las Cortes*, en contestacion al artículo de su número 137 sobre la obra que acabo de publicar acerca de la Diplomacia, y que Vds. han honrado con sus observaciones. Mi dignidad exigía que diera una contestacion, como mi dignidad exige que esa contestacion sea la única en un asunto personal; pero que sea con toda la publicidad posible.

Por esta razon molesto á Vds., y espero que disimularán esta impertinencia de su atento S. S. Q. S. M. B.

JUAN DONOSO CORTÉS.

MADRID 30 de setiembre de 1834.

Señores redactores del *Mensajero de las Cortes*. Muy señores míos: al considerar las graves ocupaciones que á Vds. agobian, y las cuestiones importantes que todos los dias se ventilan y resuelven en su apreciable periódico, no he podido menos de leer con la mas profunda gratitud en su número 137 un artículo destinado á echar una ojeada sobre el folleto que acabo de publicar, y que es indigno sin duda de haber ocupado por un momento la atencion de Vds., que reclaman asuntos de mayor importancia en la crisis en que la nacion se encuentra. Mi agradecimiento crece de punto, cuando considero la caballerosa cortesania con que el autor del artículo trata á un hombre nuevo en la literatura, y que, sin títulos como sin gloria, ha lanzado á la arena de la discusion unas cuantas páginas que sin el artículo de Vds. hubiera devorado ya el olvido. Sin duda su autor, ornato glorioso de las letras españolas, ha querido alentar mi timidez, para que, afirmándose mis pasos con el eco de su voz, pueda quemar incienso un dia en los abandonados altares de las musas de mi patria. Pero un jóven de veinte y cinco años no es fácil de manejar: la alabanza que tal vez se le tributa para animarle en su carrera, no pocas veces le conduce á demasias; y al dirigirme yo á Vds. para darles gracias por su delicada atencion, y para que se dignen insertar en su periódico algunas observaciones sobre su artículo, temo que califiquen de atrevimiento mi franqueza; porque si Vds. han tenido la dignacion de hablar de mí, yo no tengo derecho de robar á Vds. un tiempo que es precioso. Pero es ley de la humanidad que la juventud sea presuntuosa, y Vds. estarán dispuestos á someterse al yugo de esa ley inflexible, que no es dado al hombre contrastar. Por otra parte, yo no contestaré nunca á lo que no crea digno de contestacion; contestando al autor del artículo que voy á examinar, rindo un verdadero homenaje á su talento.

El articulista no comprende cómo uno que no sea francés, puede colocar á la Francia al frente de la civilizacion europea. El autor de las CONSIDERACIONES SOBRE LA DIPLOMACIA, no comprende tampoco cómo un filósofo, por no ser francés, ha de prescindir de la verdad en sus investigaciones. Hubo un tiempo en que la palabra *extrangero* era sinónima de la de *enemigo*: este tiempo es siempre el de la infancia de las sociedades, y concluye cuando las conquista la civilizacion, y cuando van á perderse en su seno para constituir la humanidad. Entonces el filósofo, que solo sirve á la inteligencia y solo busca la verdad, la proclama en donde la encuentra, porque su objeto no es ensalzar una familia, ni una nacion, ni una raza, sino estudiar al hombre y explicarle. La edad media podría entender al articulista: el si-

glo xix no le comprenderá. La cuestion asi considerada queda reducida á si es ó no un hecho constante de la historia, que la Francia ha estado al frente de la civilizacion europea. El articulista piensa que no, y cita como prueba de lo contrario la invasion de Carlos VIII en Italia.

No sé cuáles habrán sido sus estudios históricos: pero me temo que en este punto no sea muy fuerte, y que haya estudiado la historia con el lente del empirismo, que todo lo viste con falsos y pálidos colores, y con cuyo sistema se cree que se conoce la historia, cuando se han descubierto las consecuencias mas inmediatas de los hechos que la constituyen. Es mas difícil de lo que el articulista piensa, señalar la importancia respectiva de un hecho cualquiera, y asignarle el lugar que le corresponde en la civilizacion. Decir que una guerra es un mal, que una invasion es casi siempre funesta á la sociedad invadida, que la de Carlos VIII lo fué de pronto para la Italia, son verdades comunes que saben los niños de la escuela. Pero en el hecho de esa invasion ¿no hay nada mas que considerar? ¿están limitadas sus consecuencias á las que se verificaron en el seno del pais invadido? Esta es la cuestion; y esta cuestion no la decidirán seguramente los niños de la escuela, ni muchos que blasonan de entendidos. En primer lugar, es muy dudoso que la Italia hubiera aumentado su civilizacion, sino la hubiera comprimido la guerra extrangera. La invasion se verificó cuando solo alimentaba en su seno monstruos, y cuando cansados los estados pequeños de las luchas desastrosas interiores, fatigados por crímenes horribles, y con el espectáculo de una disolucion total en las costumbres, se hubieran reposado tal vez en una servidumbre vergonzosa. Alejandro VI, César Borgia, Luis Esforcia y Pedro de Médicis no eran por cierto los hombres á cuya sombra debian crecer los pueblos, y marchar con paso seguro en la carrera de la perfectibilidad. Venecia no encerraba en su seno un solo germen transmisible de civilizacion social, porque el principio de su existencia estaba envuelto en un estéril y aristocrático egoísmo. Roma no tenía fuerza para oprimir, ni sus feudatarios para sacudir su yugo. Florencia se consumia interiormente con oscilaciones continuas, que desacreditaban á la misma libertad que las servia de fundamento. Este espectáculo no es el mas á propósito para concebir las lisongeras esperanzas del articulista: pero aun cuando la Italia hubiera suspendido por un momento el curso de su civilizacion; ¿se suspendió por eso la civilizacion europea? No. Examinemos la historia, y ella nos responderá.

La civilizacion no se transmite de un pueblo á otro, y por consiguiente no se generaliza sino de tres maneras: por medio de colonias *civilizantes* (si pueden llamarse asi) que la trasplantan en medio de sociedades nacientes; por medio de guerras y conquistas que la inoculan en pueblos bárbaros ó degradados, y por medio de una hoja de papel que recorriendo el universo, en pocos dias transmite la verdad á los remates del mundo. La civilizacion antigua se difundió generalmente por medio de colonias: la civilizacion moderna por medio de la imprenta: la civilizacion en los siglos medios por la espada y las conquistas. Si esto es así, la civilizacion en el siglo xv no podía marchar sino con los ejércitos, y por consiguiente debia ser estéril, depositada en una nacion que no podía transmitirla, porque no tenía fuerzas para invadir á las demas. Asi, la civilizacion italiana no pudiendo salvar los Alpes, hubiera sido nula por mucho tiempo para la Europa, si un pueblo mas poderoso no hubiera desgarrado su seno para arrancar el germen que se abrigaba en él, y dársele en dote

al mundo que le esperaba. Cabalmente porque la Italia era el país en que la civilización estaba más adelantada, según el articulista, era necesario que las naciones de Europa invadiesen la Italia para reclamar su parte de civilización, que es la herencia legítima del género humano. Este fenómeno no fué nuevo en el mundo: ya las naciones de Europa habían volado al Oriente guiadas por un hermitaño para iniciarse en la civilización. Yo sé bien que ni Carlos VIII ni los Cruzados invadieron la Italia y el Oriente para civilizarse; pero sé también que, porque invadieron la Italia y el Oriente, se civilizaron. Las intenciones no dejan rastro de sí en la extensión de los siglos: solo los hechos constituyen la historia; y los hechos dicen que estas dos invasiones contribuyeron en gran manera á civilizar la Europa, á pesar de que los que la ejecutaron, solo fueron guiados por el fanatismo y la ambición. *L'homme s'agite et Dieu le mene.*

Si esto es cierto (y valor ha de tener el articulista para pretender probarme lo contrario) resulta que las guerras de Italia sirvieron á la civilización del mundo, y por consiguiente, que habiendo sido la Francia la que tomó la iniciativa en ellas, entonces, como antes y como después, se puso al frente de la civilización. Esto puede aplicarse á la civilización en general, comprendiendo en ella solamente el progreso de las ciencias y el de las artes: si de esta clase de civilización pasamos á considerar la civilización social, distinta, aunque dependiente hasta cierto punto de la primera, los efectos beneficiosos de las guerras de Italia son más de bullo, y la iniciativa de la Francia se reducirá á los ojos del hombre pensador á la iniciativa de la inteligencia, que en el siglo XIX, triunfando de la barbarie, marchó hácia la dominación.

Con el imperio romano desapareció la unidad, que es el centro hácia donde gravitan las sociedades. La edad media es un período de transición entre la unidad que desapareció con Roma, y la unidad que renació con las luces. Como la existencia en grupos es el carácter de los pueblos infantiles y de los siglos bárbaros, la vida de la Europa en la edad media fue una lucha constante para constituirse por medio de esa unidad, que es la ley de las instituciones humanas. Ahora bien, todos los que saben algo, saben que con las guerras de Italia se constituyeron las naciones de Europa; que solo por medio de estas guerras pudieron conocerse, y solo de su seno nació ese equilibrio sistemático que ha presidido después á todas las transacciones diplomáticas, y que es uno de los caracteres que distinguen á la moderna de la antigua civilización. De todo esto resulta que el articulista citó un hecho que, lejos de probar algo contra mi sistema, bastaría para servirle de fundamento, si yo no tuviera otros en donde escoger.

Por lo demás, como hablo solamente del carácter en general de la nación francesa, y como el carácter de los pueblos y el de los individuos es el resultado de la generalidad y no de la universalidad de sus acciones, un hecho aislado nada probaba contra mi sistema. A nadie se le ha ocurrido decir que el carácter de un hombre es depravado porque haya cometido una mala acción, y por consiguiente, que un pueblo no ha estado al frente de la civilización europea, porque haya atacado una sola vez á esta misma civilización, que conduce en medio de los acontecimientos más notables que nos ha trasladado la historia. A pesar de esto, he querido contestar para que el articulista sepa cuántas cuestiones se agitan en un hecho solo, y cuán difícil es estudiar la historia de una manera profunda y comprensiva.

El que, considerando un solo fenómeno bajo un solo punto de vista, piensa que conoce la humanidad entera; el que considerando un hecho aislado y midiendo su importancia con un compás mezquino, piensa que conoce las sociedades; el que arrancando una página suelta de los anales del mundo, piensa que lo comprende porque la deletrea, y que conoce la historia porque la comprende, es como el salvaje joven y vigoroso que presumiera conocer la anatomía del cuerpo humano, porque despedazaba toscamente los miembros de un cadáver que le había dado la victoria.

Supone el articulista que me aflijo con los franceses, porque no sea la Bélgica agregada á su imperio. Este es un error: solo me aflijo de que la Bélgica no sea independiente; pienso sí, que, á haberlo sido, se hubiera agregado á la Francia.

Se lamenta conmigo por el resultado funesto de la batalla de Waterloo; pero condena la calificación de pequeña dada por mí á la Inglaterra (no existe esta calificación en mi folleto) «ó la de agente imperceptible al capitán triunfante, cuyas banderas resistieron victoriosamente en las márgenes del Tajo, y fueron tremolando con gloria desde allí hasta las del Garona, perceptibles por cierto á cualquiera vista, á no ser de topo, ó á no estar anublada por las lágrimas que su noble despecho y amor á la patria agolpa en los ojos de la nación vencida.»

No esperaba yo encontrar un elogio de lord Wellington en el *Mensajero de las Cortes*; pero puesto que se encuentra en él, será necesario rebatirle defendiendo la calificación que yo he dado al capitán triunfante, y que le reserva la historia. Ningún agente es imperceptible hablando absolutamente, pero á todos puede hacerles imperceptibles la distancia. Wellington, comparado con Zumalacarrégui, es un gigante: comparado con Napoleón (y con Napoleón se le compara) es un pigmeo. Y aunque esta expresión y la de imperceptible fuesen exageradas, la indignación es disculpable cuando tiene por objeto á Wellington. Jamás mi boca ni mi corazón colocarán al mismo nivel al azote y al esclavo de los reyes.

En fin, el articulista ha descubierto lo que yo no presumía. No hubiera estrañado que mi obra fuese acusada de extravagancia ó de paralogismo: ¡pero de plagio! Es cierto que el articulista confiesa que no está muy seguro de su dicho: que no recuerda el escritor con cuyos despojos he cubierto mi desnudez y mi vergüenza; pero no importa: ¿qué se pierde por decir que una obra es un plagio? Nada, absolutamente nada. Y tanto menos se pierde, cuanto el acusado no puede rebatir una acusación general, que no apoyándose en ningún punto sólido, no presenta ningún lado vulnerable. Solo cita á Mr. Buchez y consortes. No conozco á semejante escritor, que debe ser muy menguado, cuando ninguno de mis amigos tiene noticias suyas, á pesar de que entre ellos se encuentran personas de gran saber y de escogida erudición. Cuando los que me conocen, me han visto calificado de plagio, la risa se ha agolpado á sus labios, al considerar la situación cómica de un hombre, cuyo carácter es la independencia más inflexible que existió jamás, el desprecio más absoluto de la autoridad y del ejemplo, acusado de vestirse con harapos que encontró en el lodo, y con que cubrió su desnudez.

Es preciso explicarnos, señor articulista. Si es plagio todo el que no descubre una idea nueva que haga dar un paso á la civilización, yo soy plagio, Vd. es plagio, y todos son plagios, incluso su maestro de Vd. Bentham. Y para no hablar ni de Vd. ni de mí, hablemos del maestro. ¿Qué ha hecho Bentham en la

legislacion? la ha aplicado el principio sensualista de la utilidad, principio coexistente con el mundo, y que se pierde, como el origen de todos los principios, en el inexcrutable seno de la inteligencia humana. Porque debe Vd. saber que no hay nada nuevo bajo el sol. Todas las ideas coexisten en la humanidad: y solo se suceden en el dominio del mundo. Todo siglo es continuacion y complemento del siglo que le antecede: y todo filósofo continuacion y complemento de un sistema, cuyos limites no ha creado, y que no puede traspasar. Bentham, pues, no ha inventado nada, ni aun un sistema; al contrario, es la última expresion del sensualismo en Europa. En el siglo xvii invadió la filosofía: en el siglo xviii las costumbres: Bentham le ha inoculado en las leyes, que era el último periodo que debía recorrer y que ha recorrido ya. De aqui se deduce que Bentham no ha hecho mas que sacar la última consecuencia de premisas encontradas por otros. ¿Y habrá de deducirse de aqui que Bentham es un plagiario? y si por ventura lo es, ¿qué nombre cuadrará á sus desgraciados discípulos? El articulista pesara bien estas consecuencias en la balanza de su razon.

¿Se llama plagiario al que no teniendo fuerza ni para inventar, ni para hacer grandes aplicaciones de principios descubiertos, se contenta con hacer extractos del escritor que le acomoda, ó con repetir monotonamente y con fé implícita sus ideas? Si: este y solo este se llama plagiario. Y ¿hay alguno que me reconozca en esta describeion? No: señor articulista. No hay ningun hombre sobre la tierra de quien yo sea eco, y ninguno que pueda llamarme su discípulo, si por discípulo se entiende el que tiene en veneracion las ideas que recibió de otros sin juzgarlas. Pero si discípulo se llama al que aprende, y maestro al que enseña, nadie reconoce mas maestros que yo: lo son todos los seres que pueblan el universo: hasta los imperceptibles como Welligton. A mí me instruyen las verdades como los errores de todos los sistemas: aprendo de la misma manera con el espectáculo de la degradacion que con el de la dignidad humana. Solamente con el último mi imaginacion se empapa en blandos colores; y con el primero se circunda con una nube funesta, exhala la desesperacion, y se colora de sangre. Sin embargo, Vd. al leer mi obra dice que recuerda esas ideas: á mí me sucede cabalmente lo mismo. ¿Y por qué? porque esas ideas, cuando yo las he publicado, existían ya de antiguo en la humanidad, como todas las que publican todos los filósofos del mundo. Desde Platon y Aristóteles hasta nuestros dias, filósofos se llaman sus comentadores, y sus comentadores son todos los filósofos, como todos los sistemas son reflejos pálidos de los suyos.

Vd. estraña recordar esas ideas. ¿No sabe Vd. que todo el saber humano se resuelve en recuerdos, y que aun esta misma idea es una idea de Platon? Dice Vd. que mi obra está compuesta de retazos que he sabido zurcir con mano maestra. Vd. no reflexiona que si fuera así, el zurcido no se conocería tal vez, pero se conocerían seguramente los retazos, que es peor: y que todo el ingenio humano no basta para ajustar y constituir un todo armonioso de pedazos de diferentes sistemas, como el zurcido mas perfecto no puede constituirle de retazos de diferente calidad y de distintos colores. Vd. está convencido de que yo no he inventado mis ideas, aunque no sabe á quien pertenecen. De lo mismo estoy convencido yo, y padezco la misma ignorancia. ¿Por qué? Porque el hombre tiene la conciencia de que nada puede inventar, al mismo tiempo que le es imposible asignar su verdadero origen á todas las ideas que se depositan

en él: ideas que el hombre no zurce, porque no sean suyas originariamente, sino que las hace suyas, porque se las asimila. *Asimilar* y no *zurcir*, esta es la expresion conveniente y verdadera, señor articulista. *Asimilar* y no *inventar*, esta es la expresion técnica de los filósofos: porque ha de saber Vd. que entiendo un poco de metafísica. Resulta, pues, que yo he recibido mis ideas ni mas menos del mismo modo que las reciben los demas hombres, de todos los seres que existen, de todos los acontecimientos que luchan, de todos los sistemas que se combaten, y de todos los filósofos que los explican. Pero si yo no yerro, este pequeño catálogo constituye la humanidad: constituye el siglo xix, que la comprende y la abarca. La voz del siglo xix será la que Vd. habrá oido cuando recordaba mis ideas: porque el siglo tiene tambien una voz para las inteligencias, que como la de Vd., no son vulgares: ese siglo es mi maestro: de ese maestro soy plagiario.

En el artículo en cuestion se habla de mis galicismos. Tiene razon el articulista: pero lo que no sabe, es que nadie se puede elevar á la altura de la metafísica con los auxilios de una lengua que no ha sido domada por ningun filósofo. Por ningun filósofo he dicho: y no se crea que me olvido de Jovellanos. Jovellanos es la personificacion viviente del sentido comun, pero no es un filósofo. Por otra parte, nadie ha creado todavia en España el estilo que corresponde al siglo xix: todos los puristas imitan mas ó menos al de los escritores del siglo xvi, sin saber que cometen un anacronismo, y que para expresar ideas que viven hoy, las envuelven en frases que vivieron hace tres siglos. Es decir, no saben que encierran la vida en un féretro, y que cubren las formas vigorosas de las ideas dominantes con un velo fúnebre que las oculta á nuestra vista: no saben en fin, que en nuestros dias el estilo del siglo xvi es una momia que los esfuerzos de los hombres no pueden animar. Decidido á no escribir con aquel estilo, no me quedaba mas recurso que crear el estilo del siglo xix, ó valerme del auxilio de una lengua filosófica y viviente: no tengo fuerzas, ni voluntad, ni tiempo para emplear el primer medio, y he adoptado el segundo.

Disimulen Vds., señores redactores, la molestia que les causo; y que será la última, como ha sido la primera, y no duden del alto afecto que les profesa su atento S. S. Q. B. S. M.

JUAN DOXOSO CORTÉS.